

borrado el viento y el agua las señales de los incendios y de las matanzas, que su conciencia sin remordimientos. En tal estado y situación de ánimo, bien puede comprenderse, cómo Illán, quizá el único guerrero entre todos, que despreciaba la vida, no había encontrado la muerte. Los enemigos, con ese instinto que la propia conservación despliega de continuo en los supremos trances, diéronse de ojo para no llegar hasta donde se hallaba tan valeroso héroe, y él pudo, cuando ya todo estaba perdido volverse á la triste Antequera salvo y libre, llevándose consigo algunos espedos y heridos, á quienes había salvado con su esfuerzo y fortalecido con su ejemplo. Pero no retrocedió sin jurar, que volvería cien veces á ir donde hallase á Zoraya para realizar el único anhelo que ya le quedaba en la vida, su resuelta venganza.

CAPÍTULO XVII.

Encontrábase Aixá en el aposento cercano al patio de los arrayanes, donde solian los reyes de Granada celebrar sus audiencias, cuando le llega la noticia de lo acaecido en Málaga. Saberla, y nublarse la frente y los ojos de aquella mujer extraordinaria, obra fué de un minuto. Su gran talento comprendió en seguida cuán triste y nefasto resultaba el triunfo de los musulimes á su familia y á su gobierno. Dada la perplejidad completa del pueblo granadino, que sintiendo próxima su muerte, buscaba los más desesperados remedios, como todos cuantos individuos ó colectividades se hallan á sabiendas en la última terrible agonía, cualquier afortunado por el acaso que pudiera presentar una sonrisa de favor en cualquier trance más ó menos sangriento, de la política ó de la guerra, sustituiría fácilmente al desdichado Boabdil, falto de timbres heróicos en su breve historia y de hazañas en su

voluptuosa y joven vida. Lo mismo el viejo Aliatar de Loja, que llevaba setenta ó más años de combate con el histórico enemigo de su raza, que aquel Zagal de Málaga, tan favorecido por la victoria, sin contar los héroes que trajera el oleaje de los hechos y la vuelta de Hacem, jamás de su corona despedido, cualquiera estaba en actitud propicia para ir en alas de la guerra incesante al palacio de los nazarietas y recoger en su pavimento, ayudado por la primera facción en armas invenida por casualidad al paso, la rota diadema de Granada. No se gobernaba, ni se pudo gobernar nunca en los reinos musulmanes con los títulos de la herencia solamente y con la posesión de un trono, cuyas raíces combatían los terremotos y cuya copa los huracanes, precisaba merecer el gobierno sosteniéndolo y conservándolo con la prudencia en los consejos y con la fuerza en los combates. Al saber Aixá la fortuna de su esposo en Málaga, y compararla rápidamente con la indolencia de su hijo en Granada, comprendió cuán horrible procela venía desde los Despeñaderos de Las Matanzas á la Cuesta de los Gomeles, y cómo necesitaba su hijo dar pruebas de un valor heroico, para contrastarla y para vencerla. A tal reflexión sucedieronse lógicamente y en tropel todas las resoluciones demandadas por lo grave de aquellas terribles circunstancias. Boabdil debía correr á la frontera cristiana y ganar una victoria sobre los enemigos del Profeta, no tanto para conjurar los progresos del pueblo castellano como para

conjurar la soberbia del Sultán granadino. Por pocos recursos que tuviera, por pocas fuerzas con que contara, debía Boabdil acometer empresas guerreras, y triunfar, á fin de poner sobre su corona reciente y disputada los esmaltes de una victoria, sin la cual no llegarían á columbrarla sobre sus sienes los vasallos. Salir y salir pronto por cualquier camino para empeñar un combate fuese donde fuese, y con cualquier enemigo cristiano, por la casualidad en las fronteras más cercanas deparado, tal debía ser el propósito de Boabdil á toda prisa y á toda costa. Con aquella rápida ojeada propia de su inteligencia, con aquella prontitud tan reconocida en su voluntad, con aquella resolución de su enérgico temperamento, Aixá, persuadida ya profundamente de lo que debía intentarse y cumplirse, dirigióse á las estancias de su hijo, encerrado, no como ella en la sala de los consejos, encerrado en la sala de los placeres.

Pasó de uno á otro extremo del palacio, atravesando el patio de los Leones para entrar en el mirador de Lindaraja, verdadero santuario, donde pasaba la mayor parte de su vida Boabdil, en compañía de Moraima. Los alabastros de las tazas por donde las aguas clarísimas, provenientes de los manantiales niveos en hilos se destrenzan; los mármoles empotrados en las paredes y en los suelos de tan varios colores; los azulejos que compiten por brillo y esplendor con los aderezos deslumbradores de ricas pedrerías; las albercas engarzadas en

mirtos, azuzenas y rosales ofrecen á la vanidad femenil espejos tan bruñidos como los venecianos cristales; pero Aixá no se miraba en ninguno, convertidos como tenía los ojos de su cuerpo y los pensamientos de su espíritu á la continua contemplación del combate, así guerrero como político, impuesto por el hado á su familia. Ciertamente no participaba esta de sus cavilaciones. Apenas había franqueado Aixá la puerta del salón, que se llama hoy de las Dos Hermanas por las marmóreas magníficas losas de su rico pavimento, cuando pudo advertir cómo el júbilo y el placer se paseaban por las encantadoras habitaciones de Boabdil. Sobre aquellos suelos que parecían bruñidos cristales; entre aquellas paredes altísimas, donde cal y piedra tomaban los colores y dibujos de orientales tapices; bajo las rotondas alzadas sobre zodiacos bellísimos de incrustadas leyendas, y parecidas, ó bien á firmamentos fantaseados por la imaginación de un poeta delirante, ó bien á las grutas donde se cuajan las perlas y se doran las estrellas y se carminan los rubíes y se enverdecen las esmeraldas; oíase la canción báquica del placer voluptuoso, acompañando, concertada con orquestas reclusas en las altas tribunas, el cadencioso baile de las odaliscas, semejantes á huríes descendidas del edén mahometano, que danzaran sobre la luna llena en la inmensidad de cielos aromados por embriagadores perfumes. Aixá no pudo contener la manifestación de la contrariedad que le causaba el estado tristísimo del

reino, la vacilación del trono, la inminencia de nuevas guerras civiles y nuevas irrupciones cristianas, mientras los reyes legítimos y verdaderos de Granada se daban al placer y huían de la política, cual si rigiesen un Estado solidísimo y sólidamente puesto por la fortuna y por la Providencia sobre bases indestructibles y no sobre aquellos tumultuosos y encrespados oleajes. ¿Pero qué sabían la pobre reina mora y el infeliz rey Chico de cosa ninguna fuera de su amor? El rey Hacem lo menospreciaba, si no le aborrecía, en el entrañable odio profesado desde los primeros días de su matrimonio, á la implacable Aixá; y esta misma, fuera de su sexo casi por su energía y por su valor, fuera de la realidad por ambiciones desapoderadas, había tenido como secuestrado á su mayorazgo en el harén, recelando, taimada y traicionera, que si crecía en fuerza é inteligencia, quisiese corona y autoridad para él, no para su madre. En la historia del mundo solo hay un personaje que pueda compararse con Aixá, y es Livia, la mujer de Augusto, la madre de Tiberio. También Livia conspiraba contra su marido y contra la superioridad inevitable del esposo y del César, pero con más rebozo y con menos violencia que Aixá la Horra, sin duda porque Augusto le guardaba mayores consideraciones que las guardadas á su mujer por Hacem, y porque Augusto no se oponía de ningún modo á cuanto Livia tramaba con el propósito firme, al fin logrado cumplidamente, de que pasase la corona imperial á su

idolatrado hijo Tiberio. Pero este, persuadido interiormente de que jamás reinara sin el resuelto auxilio de su madre, no podía sufrir el imperio de mujer tan soberbia y se ahuyentaba en todo lo dable á su influjo y sacudía todo lo posible sus tremendas imposiciones. Algo análogo de lo sucedido con Tiberio sucedía con Boabdil, aunque por bien opuestas razones y por bien contradictorios motivos. Mientras el César de Roma se quejaba por la triste nulidad á que las ambiciones de su madre lo condenaba, el Sultán granadino se plañía siempre que su madre le incitaba con imperio á llevar su mano, ó bien á la nominal corona que resplandecía en sus sienes, ó bien al inútil alfanje que centelleaba en su costado. Así, al presentarse Aixá, indicando en su porte y en su mirada llevar negocios del reino al tabernáculo del placer, Moraima y Boabdil se conmovieron á impulsos del mismo sentimiento.

—¿Cantáis y danzáis? —preguntó la Sultana con aire de indignación á sus hijos.

—Matamos el tiempo, —exclamó Boabdil tímidamente.

—Si dijeras matamos el trono, hablaras más á derechas—observó con acritud Aixá.

—El trono está bajo tus plantas todo entero,—dijo Moraima y con la satisfacción completa de sus hijos.

—¡Bajo mis plantas! Pues lo siento vacilar y vengo á pedirlos que lo apuntaléis.

—Ordena, manda, —murmuró Boabdil tímidamente.

—¡Oh! Si pudiera yo, en vez de ordenar, hacer, bien sabe Alah que cobraría este reino de todos sus enemigos, conduciéndolo á puerto.

—En tus manos he depositado mi voluntad, madre mía,—dijo Boabdil.

—No basta eso... Precisa para mandar en el pueblo nuestro tener prestigio adquirido por el propio mérito que levantar sobre los privilegios heredados de nuestros abuelos, y no consienten de ningún modo las creencias ó las costumbres árabes á mi sexo el poder alcanzado por mujeres como Semíramis en Babilonia, Debora en Israel, Cleopatra en Egipto. A lo más que puede aspirar una reina mora, cuando topa con marido rebelde como el mío, como Hacem, es á imperar sobre un vizir, como el que aterró á la cristiandad é ilustró á la morisma, sobre un vizir como Almanzor. Mil veces registrando las historias, me lamento y duelo de no haber nacido en aquel reino de las Amazonas, donde se cortan las mujeres un pecho para indicar fortaleza, y viven á caballo, blandiendo su lanza en perdurables combates.

—Ya lo creo. Hacem, mi padre, me confesaba que no reconocía en ti esposa para el harén sino participe para el trono.

—Mas hay ciertos ejercicios prohibidos á las mujeres, y ciertos ministerios que no puede cumplir

nuestro débil sexo. Y al llegar ahí necesito de ti, Boabdil, primogénito mío, necesito de ti.

—Pues dispón todo cuanto quieras.

—Sí, todo cuanto quieras—exclamó la bella Moraima, todo, menos que nos separemos tú y yo, ni por un minuto, Boabdil.

—Pues casualmente, á eso vengo, á separaros.

—No me digas tal cosa,—exclamó la enamorada Moraima con profundo y verdadero dolor. Más fácil es á un árbol vivir sin raíces que á mi corazón, á este ardiente corazón mío, vivir sin su esposo.

—Moraima, para conseguir tal desvariado deseo de no apartar á tu compañero del harén, debiste casarte con un cautivo, no con un monarca; y recluirte dentro de la tierra y sus entrañas, no en el palacio de los nazaritas erigido al poder y á la soberanía que piden los cuidados así de la pública gobernación como de la continua guerra.

—Mira, Dios lo ha querido. A la manera que ha pareado las avecillas inseparables en los aires, ha pareado las almas de tus dos hijos en el palacio; y no pueden apartarse de ningún modo sin morir ó entristecerse como la tórtola viuda cuyos arrullamientos parten de pena y dolor nuestros corazones, por soñar con todas las tristezas de una desesperación lenta y dulce, mas, por su misma lentitud y dulzura, suicida. Piedad, Aixá, de tus hijos, piedad por Dios.

—Calla, Moraima,—dijo Boabdil, reteniendo en

su divan á la Sultana esposa, quien iba disponiéndose para lanzarse con verdadero arrebató á los pies de la Sultana madre, y pedirle de hinojos que alejara una separación quizás impuesta por regios deberes superiores á su amo.

—Debes quererlo apartado, si es necesario, de ti; pero poderosísimo y horro sobre su trotón de guerra, y bajo su corona de rey, y no perfumado aquí por los pebeteros, que tus manos atizan, para caer luego en el destronamiento, en el deshonor y en el sepulcro.

—Tiene razón mi madre. Soy rey de Granada, y el cargo que desempeño en el mundo, me impone deberes excepcionales así en los consejos de este palacio como en los empeños de la guerra.

—¡Oh! No. Tú solo tienes un deber, amarme. Tú solo debes curarte de un reino más espacioso que toda la comarca granadina, de mi corazón; tú has jurado consagrarte al harén como los derviches al convento; y prestarme culto como los sacerdotes á su Dios. Cuando te hablen de consejos, respóndeles que para los consejos guardas tus vizires; cuando te hablan de combates, respóndeles que para los combates guardas tus generales. Si quieres un generalísimo sin rival, llamemos á mi padre Aliatar, diespuesto en su Loja siempre á la guerra. Pero, ya que le dejas á tu madre toda la corona, consigue de tu madre todo el harén. Aixá, impórtanos poco la destrucción del reino á nosotros, con tal que podamos vivir bajo sus escombros abrazados. La

partida reciente de Boabdil á Guadix, hubo de costarme la razon; su marcha hoy al combate me costará la vida

—Alah se ha empeñado en castigar á su pueblo; y los juicios altísimos de Alah son inexcrutables y la voluntad soberana de Alah es inflexible. Dijo Aixá. Una Sultana de Granada, por cuyas venas corre sangre nazarita, quiere hacer del monarca y del esposo mueble fijo en el harén, como ese cojin donde se acuesta, ó ese pebetero con que se embriaga, ó el surtidor de los pavimentos, ó el pajarillo enjaulado entre rejillas de oro. Boabdil no puede reducir la vida, que le concediera el cielo para bien de sus vasallos, á comer y beber y estar emparejado con su hembra como cualquier macho de cualquier especie animal reducido á comer y reproducirse. Aún si fueras una gacela, tendría tu marido que defenderte contra los leones ó contra los tigres del desierto; si fueras una paloma tendría que disputarte á las garras del milano; eres una reina y ha de acudir á tu defensa en contra de los enemigos de su corona y en contra de los enemigos de su Dios. No hay otro remedio. Imposible que puedas tú despojarlo de sus alfanjes, de sus espadas, de sus escudos, de sus arreos, reduciéndole á vegetar aquí, cual arbusto de tus jardines para que sostenga tus goces y tus ilusiones. ¡Oh! Es un monarca y un guerrero. Lleva sobre sobre su cabeza la pesadumbre de una monarquía, sobre su nombre la honra de una milicia, y no puede menos que reinar

entre asechanzas, á cual más horribles, y combatir con enemigos á cual más implacables. Si le arranques á este milano de las Alpujarras sus uñas, reiránse de él como de una gallina, y al poco tiempo se habrá extendido sobre su nombre tanto menosprecio que tú misma llegarás á detestarle y maldecirle rendida por la tristísima evidencia de que no puede, no, el deshonor ser amado en la tierra por ninguna verdadera mujer, y mucho menos si guarda la sangre de Aliatar en su cuerpo y pertenece por su nombre á la raza real de los granadinos sultanes.

—Moraima, tiene razón mi madre,—murmuró con su natural reserva Boabdil.

—Podrá tenerla, si quieres, ante las leyes de vuestra ciencia ó de vuestra política; no la tiene ante las leyes de mi conciencia, de mi naturaleza, de mi amor. El palacio de los Nazaritas, estimado en una maravilla hecha por los ángeles del Empíreo, me parece como vacía caverna de los desiertos cuando no lo habita conmigo mi Boabdil; pues las cavernas abiertas en los arenales del desierto habían de parecerme como el hermoso alcázar de los Nazaritas, si las habitara él conmigo. Esa corona que lo arrebató de mi lado y se lo lleva entre huracanes y tormentas á batallas, donde peligran su vida y su felicidad, esa corona yo no la quiero, pues sus preciosas piedras solo despiden rayos y centellas para herir mi corazón. Prefiero á un oficio que de mí lo separe, mendigar el pan de cada día por los aduares del desierto. La palmera sacudirá sus dátiles

en las tortuosidades del camino; la fuente del oasis ofrecerá su frescor á nuestros labios; el sol de África bruñirá las carnes de nuestros hijos hasta endurecerlas como el granito egipcio y permitir á su desnudez el paso por todas las estaciones y el desafío á todos los elementos; y apoyado Boabdil en mí contaremos á los viandantes compadecidos, al son de la guzla, en los arenales inmensos, cómo hemos dejado un trono y un reino á nuestras espaldas por no renunciar al amor. Y estoy segura de que no habrá honra como la nuestra en el mundo, ni seres más envidiados y bendecidos en la historia, que dos monarcas amantes, destronados por no haber querido en su pasión sacrificar ni un minuto de amor. Y así habremos coronado con un dolor eterno que compartirán cien generaciones, una elegía que repetirán de consuno las artes y la historia de todos los pueblos, las desgracias mismas que tú crees fulminadas por el destino sobre la frente de nuestras razas y sobre el sitial de nuestros mayores. Deja, pues, madre, á tu hijo en mis brazos, que se ceñirán á él como al tronco la yedra y no podrán jamás apartarse ni dividirse, confundidos como estamos por el amor y en el amor abrazados.

—Moraima, no delires. Todo extremo es vicioso, el amor que tú sientes por Boabdil, como el desamor á mí sentido por Hacem. Cuando viniste aquí sabías que penetrabas en palacio coronado por tempestades eternas y no en recatado nido de palomas

arrullado por una paz perpetua. Tu marido es para el trono de la patria también, y no tan solo para el tálamo de su predilecta; es para la guerra con sus enemigos y no tan sólo para el amor con su favorita.

—Justamente. Se atrevió á decir Boabdil, suspenso entre su madre y su esposa.

—Ahora mismo,—añadió Aixá,—el deber lo reclama fuera de su palacio al campo de los combates. Ahora mismo se abre á sus pies una sima de que solo podrá huir y á la que solo podrá escaparse con felicidad saltándola montado en su caballo de guerra.

—No hables así, Aixá, no hables así. Yo le dejaré montar ese caballo si me lleva en sus ancas y juntos caemos en el mismo precipicio.

—Ya sabes que no puede ser. Nuestras costumbres no lo consienten. Boabdil, tus enemigos acaban de ganar sobre los cristianos grande victoria en Málaga: tú debes correr al campo en demanda de otro análogo timbre, si no quieres que tal victoria sea tu eterna derrota, y tu definitivo destronamiento.

—Madre, haré lo que dispongas.

—Boabdil, ten piedad por Dios de tu esposa y de tus pequeñuelos,—dijo Moraima, contemplando á Boabdil con una mirada tal como si quisiera en ella, en sus hondísimos senos, abismarlo y contenerlo contra el tirano imperio de su altiva madre.

—Déjalo cumplir con sus deberes, si no quieres

verlo desgraciado en vida y maldito en muerte.— Aixá exclamó, reconviniendo aún más con el gesto y con el acento y con el ademán que con el discurso á su tímida y atribulada nuera.

—Sí, déjame cumplir con mi deber,—añadía Boabdil, pero sin moverse á ninguna decisión como, si obedeciera mecánicamente á su madre con la palabra, mientras con el corazón y pensamiento y voluntad permanecía como petrificado junto á su Moraima.

—Por Alah,—dijo esta, desprendiéndose del canapé oriental, donde se hallaba medio tendida, para caer á los pies de su implacable suegra, por Alah, no permitas que Boabdil salga del palacio.

—Lo mando.

—¡Ay! mi corazón me dice cómo le aguardan hados bien adversos.

—No me importa.

—El amor me da visiones proféticas y presentimientos infalibles.

—No lo creo.

—Pues yo temo que tras esta salida no vuelva jamás á encontrar la entrada de su Alhambra.

—Pues yo creo que su cuerpo resplandecerá tras los combates como diz que resplandecen los cuerpos de los bienaventurados allá en el Paraíso y que su corona se compondrá de astros bienhadados por toda una eternidad.

—Creo más bien á mi corazón donde no entran las ambiciones humanas que al tuyo. Fíate, pues, de mis presentimientos, Aixá.

—Estás, Moraima, faltando á tus deberes de sultana, esposa, madre granadina, y Alah no puede prosperar tu pensamiento. Si hubiera casado á mi primogénito con una perra cautiva como Zoraya, no te diría jamás al oído las nefastas ideas susurradas por los labios de Moraima en este momento de prueba para todos los tuyos. Descíñete de sus brazos que te ahogan como serpientes y sigue la bandera del Profeta que te llama con sus colores. Cierra los oídos á todo reclamo que no sea el reclamo de tu conciencia y de tu deber. Y vé á combatir, Boabdil, por tu religión y por tu reino contra los infieles. Tu madre te lo ruega, pero Dios te lo manda, y la mujer que por un falso amor se opone á la voluntad manifiesta de Dios, será consumida, como una pobre arista en la inextinguible voraz lumbre del infierno. Boabdil, al combate, como Dios manda... al combate.

—Obedezco,—dijo Boabdil, irguiéndose al imperioso mandato de su madre, y aprestándose á ir donde su madre lo enviara, sin dejar por eso de convertir los ojos compasivos al dolor de Moraima: que la debilidad produce una sombra en la vida, sombra llamada incertidumbre.

—Por Alah te ruego, madre mía,—dijo Moraima, tan resuelta de suyo como incierto su esposo, por tu hijo, por tus netezuelos, por todo cuanto puede tocar en el corazón de una mujer y de una madre, que no me arrebatas mi Boabdil, porque tanto valiera quitarle al pecho su aire y al corazón su movimiento y

su sangre. Yo, en los días de su ausencia me muero, y no consigo, con morirme, la insensibilidad y la inercia de los muertos. Coge un puñal y atraviésame compasiva el pecho. Abre las sepulturas de nuestro panteón y entiérrame dentro de cualquier tumba, muy preferible á mi lecho vacío y viudo. Yo nunca he querido, ni tronos ni coronas; solamente amor he querido, y solamente amor aguardo y espero del que hiciste mi esposo, no fortuna, no poder, no riqueza. ¡Oh! Si Hacem y tú os amarais como Dios manda, reinaríais ambos en Granada, y no tendría mi joven esposo que ahuyentarse á las delicias de nuestra pasión mutua para caer en los cuidados del gobierno real, ó en los azares del combate cruel. Déjalo, pues, á mi lado; y nombra tú el vizir que quieras, y entrega el ejército al generalísimo que más te plazca. En ausencia de Boabdil mis días nublados por una tristeza perdurable, mis noches azaradas por un eterno insomnio, mis ojos por nubes de lágrimas oscurecidos, mis caldeadas mejillas, mis trémulas manos, los martillazos del dolor en mi corazón amante y del corazón en mi pecho destrozado, los ayes agudos con que partiré hasta las piedras de mi camarín; todo esto debe decirte cómo á muerte me condenas, arrancándome de mi lado al hijo, que para mi amor tan solo engendraste y pariste. Prefiriera no haberlo conocido nunca, no haberlo amado, si había de traerme su amor esta pena, que ahora me abrumba con su horrible pesadumbre. Piedad, compasión de mí.

Que me matéis los dos, tú, Aixá, por imperiosa; tú, Boabdil, por complaciente. Yo te veo volver muerto, en hombros de tus capitanes, atravesado el pecho por una lanza infiel; y no quiero pasar de ningún modo por tan terrible dolor. Tomad, vosotros la corona, cedednos á nosotros el descanso. Combatid, reinad. A mi esposo le basta con mi amor. Compasión por Dios, compasión por el cielo de mí. Aixá con imperio señaló á su hijo la puerta del camarín, que Boabdil atravesó con indolencia, mientras Moraima se desceñía con furor de su tocado y se mesaba como una plañidera los cabellos entre sus siervas entristecidas ó llorosas.